

3

93

Rubén Ortiz Lamadrid

Hay que Desquitarse

DARA saber cómo se desquita el pueblo de sus castigos, hay que montar en "guagua". En esos vehículos de servicio público, donde casi nunca se respetan los derechos ciudadanos, tal vez por ello mismo es que el hombre y la mujer exhiben, a veces, rebeldías que hierven como el ácido muriático y se impregnan como la tinta rápida, sin que falte, desde luego, ese tipo filosófico, callado, que se inhibe, aunque destile veneno por los ojos.



**ORTIZ
LAMADRID**

Ahí es donde salen a relucir los tópicos candentes, o sea, los trapos sucios, sobre todo al mediodía; erupción ésta estimulada por las paradas bruscas que lo viran a uno al revés, las imprudencias de los choferes que provocan colisiones violentas con sus cortes relampagueantes y sus izquierdas, capaces de fulminar como descargas eléctricas, así como por el maltrato de palabra del conductor, quien cumple su misión anárquica al pie de la letra. Y a la primera de cambio, se enreda el pasaje en cada trifulca verbal, que no es para ser descripta, pero donde se expresa, con vivos tonos, las quejas de nuestra época, en medio de cuyo vértigo alucinante, todo el mundo va a salir del paso, y el que venga atrás, que arrée...

Se explica que después que una persona ha sido burlada consecutivamente por distintos ómnibuses del mismo recorrido (que no se detienen a la señal oportuna porque al señor que va al timón no le da la gana) lo que al fin suba a la guagua que se digne pararle, (o, más bien, aborde por sorpresa), no sea un hombre o una mujer normal, sino un alma en pena, aburrida de la vida. Ello nos lleva a la no exagerada conclusión, de que los agravios contra los "guagueros", crean un estado social de repulsa generalizada, porque el pasajero es un ser exacerbado, a quien ya le asquea todo el mundo.

Estoy seguro de que si observáramos a esas personas que viajan a diario, ya frescas, después de haberse dado un baño, disfrutando de la brisa junto a una ventana, en un balcón o una terraza, o simplemente sentadas en el muro del malecón, vencido ya el trajín del día —siempre amargado en demasía por el inevitable tránsito en la guagua— no nos parecerían las mismas. Entonces, acaso pudiéramos razonar con ellas sobre cualquier tema a nuestra elección, —aunque no fuera de su devoción—, en esas horas de convalecencia comprendidas entre la última guagua de la tarde o de la noche, y la guagua fatal de la mañana siguiente. Pero cuando van de pie, y aun sentadas, manteniendo el equilibrio a duras penas, en medio de un hacinamiento grosero, dentro del vehículo que los transporta, el que ose dirigirle la palabra al prójimo corre el riesgo de encontrarse con un basilisco.

Esta tragedia diaria, la vive, sin esperanza aparente de redención, La Habana, por lo menos, —que yo sepa—, y contribuye, en gran parte, a que el espíritu público se mantenga erizado como un puercoespín, porque desde que amanece, el que más y el que menos, siente ya un sofocante deseo reprimido de soltarle a alguien una bofetada.

3

2

Si fuéramos a dárselas a los guagüeros, no nos alcanzarían las manos, ni los huesos probablemente, porque no nos iba a quedar ni uno sano. Repartirlas entre sus víctimas que, como nosotros, sufren el oprobio del transporte urbano, porque nos miran con caras de pocos amigos, sería injusto, y, desde luego, nada nos resolvería. Entonces, lo que suele ocurrir es que todo ese encono acumulado, a la primera oportunidad se vacía en los personajes de la política, sin exclusión de partidos, y se forma cada tångana entre los prosélitos de una y otra militancia, que da náuseas, aunque bien se comprenda que esa excrescencia es un exceso de vapor que se expela, cuando la caldera ya no resiste más carga sin reventar.

Todo ello, sin embargo, sería, por demás intrascendente, si el regular desenlace diario de este drama no se produjera, al cabo, en el hogar propio de cada cual, donde alguien de la familia es casi siempre blanco de la incomodidad que nos inyectan los trances difíciles de la calle (en los cuales las guaguas y los guagüeros representan un cincuenta por ciento) siendo éste infeliz inocente quien, sin comerlo ni beberlo, viene a pagar los platos rotos.

M., marzo 8/52



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA